

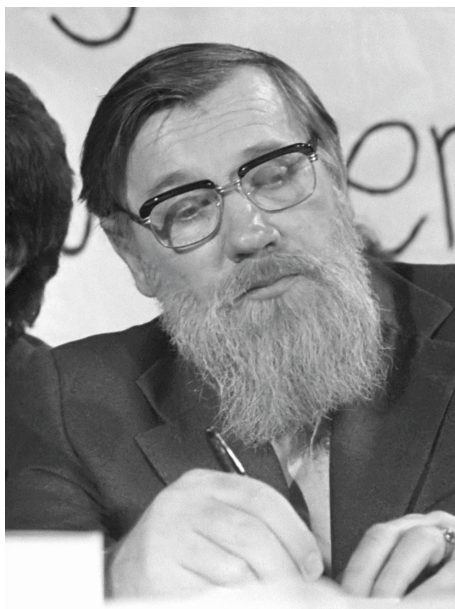
Tintero

La invención del *Homo sovieticus*

Álvaro Matute

El nombre de esta columna, que cumple un año de estar en nuestra *Revista de la Universidad de México*, se refiere obviamente a aquello que se quedó sin ser escrito y que reclama ser compartido. Un libro como el de Svetlana Aleksíevich, *El fin del “Homo sovieticus”*, no se agota en pocas ni en muchas líneas. Su lectura como documento histórico, que lo es también, además de literario, testimonial y periodístico, reclama más reflexión en torno al sujeto de esa enorme historia: el *Homo sovieticus*. La palabra *invención* lleva el significado que le imprimió Edmundo O’Gorman en su clásico libro: dotación de ser a un sujeto (o a un objeto y, por esa acción, convertirlo en sujeto). Durante 70 años —poco más— este nuevo sujeto histórico ocupó un lugar en el espacio, en un espacio dilatado que abarcó suelos distintos poblados por seres distintos uniformados por el ser soviético. Dejaron de ser rusos, ucranianos, letones, uzbekos y un etcétera largo. Para ser soviético debían abandonarse las raíces y, si no todo, lo más que se pudiera del pasado: si el nacionalismo identitario era una invención del Estado burgués, habría que superarla. Si no se logró alcanzar el ideal del internacionalismo proletario, al menos en el antiguo imperio de los zares sí se intentó, y sin duda se logró.

La cortesía y generosidad de un amigo pusieron en mis manos un libro de Andréi Siniavski (1925-1979), aquel poeta perseguido —en compañía de Yuri Daniel— a mediados de los años sesenta y que terminó migrando a Occidente. El título es —en traducción inglesa— *Soviet Civilization. A Cultural History*, sin duda puesto así por los editores. (Mi total ignorancia de la lengua de Pushkin me impide cotejar dicho título con *Osnovi soverskoi*



Andréi Siniavski

tsivilizatsii, pero hay dos palabras que remiten a civilización soviética). Refiero la intervención de los editores, porque todo lo que se anuncie como historia cultural vende. El caso es que sí lo es, pero no como la que se confecciona en las universidades occidentales, principalmente las estadounidenses, sino una historia cultural exenta de cualquier metodología que huela a cubículo universitario, sino hecha desde la perspectiva de un poeta, quien en lugar de inundar a los lectores con notas eruditas en apoyo a sus afirmaciones, cita en el cuerpo del texto a otros poetas, cuyos fragmentos sirven efectivamente de apoyo a sus (lúcidas) afirmaciones.

No era —tampoco— el propósito de Svetlana Aleksíevich referir sus puntos de partida, los que la llevaron a emprender la tarea de reunir tantos testimonios. Simplemente, la realidad y su sensibilidad de escritora lo explican, pero es muy posible que haya leído a Andréi Siniavski, en su libro escrito y publicado apenas antes de la caída del muro y su posterior consecuencia, la desintegración de la URSS. El recorrido que emprende el poeta cubre los

70 años soviéticos, sin saber el final de esa historia, que en más de un sentido anticipa. El autor sobrevivió casi un decenio a partir de la publicación de su libro y debe de haber vertido opiniones sobre lo sucedido en su antigua patria.

De los forjadores de la invención del *Homo sovieticus*, destaca el contraste entre las figuras de los dos mayores: Lenin y Stalin. El primero, y con él sus colaboradores —Trotsky incluido—, eran intelectuales. Consecuencia de tendencias que venían del último tercio del siglo XIX y que Siniavski ve como herederos de personajes de Dostoyevski. En cambio, la era de Stalin es religiosa: el georgiano *Koba* se deificó a sí mismo y se colocó en el centro de la historia. Los personajes de Aleksíevich hacen referencia a un Lenin momificado en su mausoleo; en cambio, aunque no les haya tocado vivir antes de 1953, lo evocan positiva y/o negativamente. Fue él quien derrotó a Hitler. Para algunos, eso lo libera del *Gulag*; afortunadamente, para muchos otros, no. Andréi Siniavski no vuelve a lo que ya hizo Solzhenitsyn, sino que se centra en el militar cuya ignorancia contrastaba con la preparación de Lenin. Los creadores del *Homo sovieticus*, bajo la mirada irónica del poeta expulsado de la URSS, trastocaron el marxismo. Si Marx decía que puso de pie a Hegel, que estaba de cabeza, para los dirigentes de la Revolución, la idea determinaba la existencia y si esta no se conformaba, peor para ella. Así, la conciencia determina la existencia; la ideología a la política y la política a la economía. Lo contrario a lo que decían los manuales: “La utopía científica marxista materializada —escribe Siniavski— (quedó) del lado equivocado, con los pies en el aire”. **U**